

NUESTRO NUEVO TESTAMENTO

**Estudio panorámico del
Nuevo Testamento**

Merrill C. Tenney

Edición revisada y aumentada



EDITORIAL PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Para adquirir una copia de este libro, visita
<https://www.portavoz.com/referencia/nuestro-nuevo-testamento/>
Pulsa aquí

Titulo del original: *New Testament Survey* de Merrill C. Tenney. © 1961 por Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan.

Edición en español: *Nuestro Nuevo Testamento*, © 1973 por Moody Bible Institute, Chicago, Illinois, y © 1989 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Revisada y ampliada en 1989. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización de los editores.

Visítenos en: www.portavoz.com.

Portada: Don Ellens

Mapas y gráficos: Alan G. Hartman

EDITORIAL PORTAVOZ

Kregel Publications

P.O. Box 2607

Grand Rapids, MI 49501 USA

ISBN 978-0-8254-1716-0

17 18 19 20 21 edición/año 16 15 14 13 12

Printed in the United States

CONTENIDO

<i>Prólogo de los Editores</i>	11
<i>Prefacio</i>	13

PARTE PRIMERA:

EL MUNDO DEL NUEVO TESTAMENTO

1. EL MUNDO POLÍTICO	19
El Imperio de Roma	19
El gobierno provincialista	30
Los reinos griegos	33
El estado judío	38
2. EL MUNDO SOCIAL Y EL MUNDO ECONÓMICO	69
EL MUNDO SOCIAL	69
La sociedad judía	69
La sociedad pagana	70
Conquistas culturales	73
Normas morales	81
EL MUNDO ECONÓMICO	82
Agricultura	83
Industria	83
La economía	84
Transportes y viajes	85
3. EL MUNDO RELIGIOSO	88
El panteón greco-romano	88
La adoración del emperador	90
Las religiones de misterio	91
La adoración de lo oculto	92
Las filosofías	95
4. JUDAÍSMO	105
Los orígenes	106
La teología	109
El templo	115

La sinagoga	118
El año sagrado	120
El sistema educativo	126
La literatura	129
Las sectas del judaísmo	136
La Diáspora	143
5. EL TRASFONDO JUDAICO PARA EL NUEVO TESTAMENTO 200 a.C—200 d.C.	147
La naturaleza del judaísmo	147
Los Apócrifos y los Pseudoepígrafos	148
Los rollos del mar Muerto	150
Características básicas de la comunidad de Qumran	151
Comparaciones con el Nuevo Testamento	153

PARTE SEGUNDA:

LOS EVANGELIOS: RELATOS
DE LA VIDA DE CRISTO

El período de iniciación: 6 a.C. al 30 d.C.

6. EL NUEVO TESTAMENTO: SU NOMBRE Y SU CONTENIDO	159
El nombre	159
El contenido	160
7. LOS EVANGELIOS COMO TRABAJOS LITERARIOS	168
El problema sinóptico	170
La solución propuesta	172
8. EL EVANGELIO DE MATEO	180
Los orígenes	180
Fecha y lugar	181
Contenido	183
Bosquejo	184
Énfasis	190
Personajes	191
Peculiaridades	192
9. EL EVANGELIO DE MARCOS	194
Los orígenes	194
Fecha y lugar	196
Contenido	200
Bosquejo	201
Énfasis	207
Personajes	208

Contenido	7
10. EL EVANGELIO DE LUCAS	211
Los orígenes	211
Autor	214
Fecha y lugar	218
Contenido	219
Bosquejo	220
Énfasis	223
Personajes	227
11. EL EVANGELIO DE JUAN	229
Los orígenes	229
Autor	230
Fecha y lugar	234
Contenido	234
Bosquejo	236
Énfasis	241
Propósito	243
Personajes	243
12. LA VIDA DE CRISTO	245
Fuentes seculares de información	245
Períodos de la vida del Señor Jesús	248
Geografía de la vida de Jesús	256
La enseñanza de Jesús	262

PARTE TERCERA:

RELATOS ACERCA DE LA IGLESIA PRIMITIVA

El período de expansión: 30 al 60 d.C.

13. ESTABLECIMIENTO DE LA IGLESIA: Hechos 1:1 al 8:3	273
Fuente informativa: Los Hechos	274
La fundación de la Iglesia: Hechos 1:1 al 8:3	283
La primera dispersión	288
14. LA TRANSICIÓN: Hechos 8:4 al 11:18	289
La predicación en Samaria	289
El eunuco etíope	291
La conversión de Saulo	291
La predicación de Pedro	295
15. LA IGLESIA GENTIL Y LA OBRA MISIONERA DE PABLO: Hechos 11:19 al 15:35	299
La Iglesia de Antioquía	300
La misión a los gentiles	303
El Concilio de Jerusalén	306

LITERATURA APOLOGÉTICA	311	
La Epístola de Santiago	312	
La Epístola a los Gálatas	316	
16. EL PROGRAMA PAULINO: Hechos 15:36 al 21:16		326
Segunda misión a Asia Menor	338	
La misión a Macedonia	329	
LAS EPÍSTOLAS A LOS TESALONICENSES	333	
I Tesalonicenses	333	
II Tesalonicenses	336	
La misión en Acaya	339	
La misión en Asia	345	
LA CORRESPONDENCIA CON LOS CORINTIOS	348	
Trasfondo	348	
La "carta perdida"	349	
I Corintios	350	
II Corintios	356	
La última visita a Corinto	358	
Otro viaje misionero en proyecto	359	
La Epístola a los Romanos	360	
La misión concluye	365	
17. PABLO PRISIONERO: Hechos 21:17 al 28:31		368
Jerusalén	369	
Las epístolas	374	
Filemón	375	
Efesios	377	
Colosenses	380	
Filipenses	383	
Resultados de la prisión de Pablo	388	

PARTE CUARTA:

LOS PROBLEMAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

El período de consolidación: 60 al 100 d.C.

18. LA IGLESIA INSTITUCIONAL:		
Las Epístolas Pastorales		391
Trasfondo	391	
I Timoteo	394	
Tito	397	
II Timoteo	400	
Evaluación	403	
19. LA IGLESIA SUFRIENTE: I Pedro		405
Trasfondo	405	
Autor	410	

Bosquejo	412	
Contenido	413	
Evaluación	415	
20. EL ROMPIMIENTO CON EL JUDAÍSMO:		
La Epístola a los Hebreos		417
Trasfondo	417	
Autor	420	
Fecha	421	
Bosquejo	422	
Contenido	424	
Evaluación	426	
21. EL PELIGRO DE LAS HEREJÍAS:		
II Pedro; Judas; I, II y III Juan		429
Trasfondo	429	
II Pedro	431	
Judas	436	
I, II y III JUAN	442	
Trasfondo	442	
I Juan	446	
II Juan	447	
III Juan	449	
22. LA IGLESIA QUE ESTÁ EN ESPERA:		
Apocalipsis		451
Trasfondo	451	
Interpretaciones	455	
Contenido	459	
Bosquejo	462	
Evaluación	465	

PARTE QUINTA:**CANON Y TEXTO DEL NUEVO TESTAMENTO**

23. EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO		471
Definición	471	
Testimonio interno	475	
Testimonio externo	477	
Conclusiones	483	
24. EL TEXTO DEL NUEVO TESTAMENTO Y SU TRANSMISIÓN		487
La transmisión del texto	488	
Las fuentes del texto	490	
Traducciones modernas	496	

APÉNDICES

Versiones de la Biblia en castellano	501
Los emperadores romanos del primer siglo	502
Los procuradores romanos de Judea	503
La familia herodiana	504
Esquema de los cánones de los primeros cuatro siglos	505

LISTA DE MAPAS

Palestina en tiempo de Cristo	210
Primer y segundo viajes misioneros de Pablo	278
Tercer viaje misionero de Pablo y el viaje a Roma	286
Jerusalén en la era del Nuevo Testamento	307
Roma en tiempos de los primeros cristianos	373
Provincias de Asia Menor y las siete iglesias de Asia	407

LISTA DE GRÁFICOS

El año sagrado	121
Fecha de los libros apócrifos	130
Libros del Nuevo Testamento y sus autores	162
Carta cronológica del Nuevo Testamento	164
Armonía de la vida de Cristo	249
Cuadro sintético de la cronología de la primera época paulina	321
Interpretaciones del Apocalipsis	460

<i>Índice de Nombres</i>	507
<i>Índice de Asuntos</i>	509

CAPÍTULO UNO;

EL MUNDO POLÍTICO

El Imperio de Roma

EN LA ÉPOCA EN QUE SE ESCRIBIÓ EL NUEVO TESTAMENTO, TODO el mundo civilizado, con excepción de los casi desconocidos reinos del Lejano Oriente, estaban sometidos al dominio de Roma. Desde el Atlántico por el oeste hasta el Eúfrates y el mar Rojo por el oriente, y desde el Ródano, el Danubio, el mar Negro y los montes del Cáucaso por el norte hasta el Sahara por el sur, se extendía vasto imperio bajo la jefatura y dictadura del emperador, al que en el Nuevo Testamento se le llama "rey" (I Pedro: 2:17) como también "Augusto" (Luc. 2:1).

Roma, nombre del imperio, es el mismo nombre de la ciudad capital de Italia, y fue el asiento original de donde se desarrolló el estado romano. Roma, fundada en el año 753 A.C., y fue al principio una comunidad integrada con la unión de las pequeñas ciudades vecinas, bajo el gobierno de un rey. Cerca del comienzo del quinto siglo A.C., Roma había alcanzado ya una firme organización política con un gobierno republicano. Por medio de alianzas con las comunidades de los alrededores y gracias a una prolongada sucesión de guerras contra los Etruscos en el norte, y contra otras tribus en el sur, Roma, por el año 265 A.C., se había convertido en señora de la península itálica. Los pueblos sometidos, se com-

prometieron por medio de tratados, a mantenerse en paz, y gradualmente fueron absorbidos por el imperialismo romano.

En el curso de los dos siglos siguientes, Roma se empeñó en tremenda lucha contra Cartago, principal potencia marítima del Mediterráneo occidental. Cartago nació como una colonia fenicia; pero habiendo destruido Alejandro su metrópoli, la colonia tuvo que actuar con independencia. Y siguiendo el ejemplo de los fenicios, pronto se convirtió en nación rica y poderosa. Sus barcos transportaban el comercio del Mediterráneo. Su civilización era de carácter oriental; la sociedad era una oligarquía mantenida por un ejército mercante, y estaba gobernada por un gobierno monárquico. A medida que Roma se extendía, se hacía inevitable el choque contra las avanzadas del imperio cartaginés. Era un hecho que ambas civilizaciones eran extrañas la una para la otra en origen racial y en teoría política; además, no habiendo amplitud suficiente para las dos en el mismo territorio, una de ellas tenía que desaparecer. Las guerras que sostuvieron, terminaron en el año 146 A.C., cuando el general romano Escipión Emiliano tomó la ciudad de Cartago y la convirtió en polvo. Así fue como Roma alcanzó el dominio sobre España y África del Norte. Por la misma época Macedonia quedó convertida en provincia romana, y después del saqueo de Corinto, en el mismo año (146 A.C.), Acaya quedó bajo el control de Roma. En el año 133 (A.C.) Atalo III, rey de Pérgamo, murió y legó su reino a los romanos. De la organización que ellos le dieron surgió la provincia de Asia. Las guerras en la parte oriental de Asia Menor continuaron hasta que Pompeyo completó la conquista del Ponto y del Cáucaso. En 63 A.C., Pompeyo organizó a Siria como provincia romana, anexándole Judea. Del 58 al 57 A.C., César llevó a cabo sus famosas campañas en Galia convirtiéndola en suelo romano. Así fue cómo en quinientos años de casi ininterrumpidas guerras, Roma, la ignorada villa de las márgenes del Tíber, creció hasta convertirse en dominante imperio mundial.

Esta rápida expansión territorial introdujo, no obstante, grandes cambios en la vida del pueblo romano. Al paso que los jefes militares saboreaban el poder, comenzaron a utilizar sus ejércitos no sólo para conquistas en el extranjero, sino también para acre-

centar su personal dominio en Roma. El siglo que transcurrió desde la conquista de Cartago y Grecia hasta la muerte de Julio César, quedó marcado por una sucesión constante de guerras civiles. Mario, Sila, César, Antonio y Octavio, cada uno en turno, luchó para convertirse en jefe del Estado romano hasta que finalmente Octavio, llamado Augusto por el Senado, alcanzó a exterminar a sus adversarios, el año 30 A.C., y se convirtió en el primer emperador.

AUGUSTO, DEL 27 A.C. AL 14 D.C.

Bajo su gobierno, el *imperio* romano, es decir, el poder del Estado imperial, quedó perfectamente establecido. El pueblo, cansado de la guerra, deseaba la paz. Augusto se convirtió en el *princeps*, es decir, el primer ciudadano del mundo. Gobernó sabiamente y bien.

Entrañaba el nuevo principio un compromiso político entre el antiguo republicanismo y la dictadura introducida por Julio César. El Senado continuó como el cuerpo gobernante en teoría. En el año 27 A.C., confirió a Augusto el ejercicio de comandante en jefe de todos los ejércitos del imperio. En 23 A.C., se le concedió el poder tribunicio vitalicio, lo que significaba que se le daba el control de las asambleas populares, facultándolo para representar permanentemente al pueblo. Se le concedió la prerrogativa de presentar el primer asunto para discusión en el Senado, a la vez que el derecho de convocarlo a sesión. Todos estos derechos quedaron fundados sobre bases constitucionales más que sobre un arbitrario despojo perpetrado por la autoridad.

Durante el reinado de Augusto se efectuaron muchas reformas. Fueron eliminados del Senado sus miembros indignos. Una gran parte del ejército fue desmovilizada, y los veteranos despedidos fueron colocados en colonias o en tierras compradas para ese fin. Se creó un ejército regular profesional que se convirtió en escuela para ciudadanos. Los veteranos, al ser despedidos, recibían un crédito que les permitía establecerse en alguna colonia de las provincias, en donde podían llevar una buena vida a la vez que ser en la comunidad dirigentes leales a Roma.

También procuró Augusto fortalecer la moral del pueblo. Revivió la religión del Estado y reconstruyó muchos templos. El culto imperial, adoración a Roma como Estado, fue introducido en las provincias. En muchos lugares, el emperador mismo fue adorado como *dominus et deus* (señor y dios), aunque Augusto no demandaba tal adoración. Las leyes julianas de los años 19 y 18 A.C. intentaron restaurar la vida familiar, estimulando al matrimonio y a la formación de hogares.

Para consolidar la firmeza del imperio hizo levantar un censo de población y de toda la propiedad, como base para reclutar al ejército y para fijar los impuestos. España, Galia y los distritos Alpinos fueron sojuzgados. Augusto fortaleció la defensa de las fronteras, aunque sus legiones sufrieron una aplastante derrota ante los ejércitos germanos en la selva de Teutberg. Organizó las prefecturas de policía e incendios y designó un supervisor sobre la provisión de trigo para el pueblo.

Augusto se jactaba de haber hallado una Roma de ladrillo y haber dejado una de mármol. Durante los 41 años que duró su administración impuso el orden donde había estado el caos. Restableció la confianza en el gobierno; enriqueció el tesoro; introdujo un eficiente departamento de obras públicas, y promovió la paz y la prosperidad.

TIBERIO, 14-37 D.C.

A la muerte de Augusto, su hijo adoptivo Tiberio fue electo sucesor *imperial*. Los poderes que Augusto recibió por medio de disposiciones constitucionales y por tiempo limitado, a Tiberio le fueron conferidos vitaliciamente. Tenía cincuenta y seis años. Como la mayor parte de sus años los había pasado sirviendo al Estado, de ninguna manera podía considerársele novicio en política. Desgraciadamente Augusto insistió en que Tiberio se divorciara de la esposa que amaba, y se casara con Julia, hija de Augusto, mujer de vida notoriamente disoluta. Tan desagradable experiencia amargó su vida permanentemente. Se volvió indiferente, desdeñoso, suspicaz e irascible. Aunque en política siguió siendo imparcial y prudente, nunca llegó a ser popular, y generalmente era temido y

despreciado. Durante su reinado los ejércitos romanos sufrieron reveses en Germania, lo que tuvo por resultado que Tiberio hiciera retroceder nuevamente las fronteras del imperio hasta el Rin. Las dificultades domésticas ensombrecieron sus últimos años. En el 26 D.C., se retiró a Caprea dejando el gobierno en manos del prefecto de la ciudad. La ausencia de Tiberio dio oportunidad a Elio Sejano, capitán de la guardia pretoriana, para fraguar una conspiración y arrebatarse el principado. Por el año 31, cuando casi había redondeado sus planes, Tiberio los descubrió. Sejano fue ejecutado y sus planes deshechos, pero el efecto que todo ello tuvo sobre Tiberio fue desastroso. Se hizo aún más suspicaz y cruel, tanto que los más leves rumores contra alguien bastaban para arruinarlo. Cuando murió, en el 37, el Senado respiró una vez más, con toda libertad.

CALÍGULA, 37 AL 41 D.C.

El Senado nombró sucesor de Tiberio a Gayo Calígula, o "botitas" como le llamaban por cariño los soldados. Al principio resultó tan popular como impopular había sido Tiberio. Perdonó a los prisioneros políticos, redujo los impuestos, dio diversiones públicas y se dedicó, en cuanto pudo, al pueblo. Pero no tardó mucho en comenzar a dar señales de debilidad mental. Ordenó que lo adoraran como Dios, lo que hizo que los judíos en todo el reino se le enajenaran. Cuando Herodes Agripa visitó Alejandría, los ciudadanos le insultaron públicamente, satirizándolo con todo su séquito, y luego procurando obligar a los judíos a que adoraran la imagen de Calígula. Los judíos apelaron al emperador, quien no sólo no les hizo caso, sino que además, ordenó a su legado en Siria que erigiera su estatua en el templo de Jerusalén. El legado fue tan prudente que prefirió retardar el cumplimiento de la orden antes que arriesgarse a una rebelión armada. La muerte de Calígula, en el año 41 D.C., evitó que el asunto llegara a su fase crítica. Algunos piensan que la referencia en S. Marcos a la "abominación desoladora" (Mr. 13:14) refleja la amenaza de la erección de la estatua del emperador en el templo de Jerusalén.

La incesante dilapidación del tesoro que Augusto y Tiberio

tan cuidadosamente habían acumulado, rápidamente dejó exhausta la hacienda pública. Para volverla al auge acudió a medios violentos: Confiscación de la propiedad privada, donativos forzados y extorsiones de toda clase. Su tiranía acabó por ser tan insoportable que un tribuno de la guardia imperial lo asesinó.

CLAUDIO, 41 AL 54 D.C.

A la muerte de Calígula, el Senado discutió la idea de restaurar la república, pero el asunto se resolvió pronto: la guardia pretoriana se les adelantó y eligió como emperador a Tiberio Claudio Germánico. Éste había vivido en relativa oscuridad durante los reinados de Tiberio y de Calígula y no había tomado parte en las actividades políticas en Roma. Una enfermedad sufrida desde la niñez, y que posiblemente fue alguna forma de parálisis infantil, lo había dejado tan débil que su presentación en público fue casi ridícula, debido a que su figura lánguida y su boca burlona le daban aspecto de idiota. Sin embargo, su intelecto no era de calidad inferior; había sido magnífico estudiante, y demostró su capacidad para ser mejor gobernante de lo que sus contemporáneos esperaban.

El imperio que tan rápidamente extendía sus fronteras demandaba una nueva forma de gobierno que resultara eficiente. Con Claudio, Roma se convirtió en una burocracia gobernada por comités y secretarios. Hizo extensivo el privilegio de ciudadanía a los habitantes de las provincias. Sus generales tuvieron éxito en asentar su dominio en Britania y la conquistaron, llegando por el norte hasta el Támesis. En la misma época, Tracia se convirtió en provincia, por haber muerto su príncipe, antiguo aliado de Roma.

Claudio estaba determinado a restaurar la antigua religión romana a la importante posición social que había tenido. Para las religiones extranjeras tenía fuerte antipatía. Suetonio dice que, durante el gobierno de Claudio, los judíos fueron expulsados de Roma por haberse producido algunos tumultos "a instigación de un Crestus".¹ Puede ser que Suetonio equivocadamente dijera Crestus, en vez de Cristo, y que se estuviera refiriendo en este caso a dis-

1. Suetonio, *Claudio* 25, 4.

turbios entre los judíos ocasionados por la predicación de Jesús como el Cristo; pero puede ser que Crestus haya sido el nombre de algún insurgente. En cualquier caso, la orden de expulsión probablemente sea aquella que ocasionó la salida de Aquila y Priscila de Roma (Hechos 18:2).

Uno de sus libertos, Pallas, influyó para que Claudio tomara a su sobrina Agripina por su cuarta esposa. Ésta se propuso alcanzar la sucesión imperial para Domicio, el hijo que había tenido con el esposo anterior. Claudio adoptó formalmente a Domicio con el nombre de Nerón Claudio César. En el año 53 D.C., Nerón se casó con Octavia, hija de Claudio. Un año después murió Claudio, y dejó a Nerón como sucesor en el trono imperial.

NERÓN, 54 AL 68 D.C.

Los primeros cinco años del reinado de Nerón fueron pacíficos y prósperos. Bajo la influencia de sus consejeros, Afranio Burro, prefecto de la guardia pretoriana, y L. Anneo Séneca, filósofo y escritor, Nerón dirigió su reino muy bien. Agripina, sin embargo, procuraba ejercer algún ascendiente sobre él, lo que no era del agrado ni de Nerón ni de los mencionados consejeros. En el año 59 D.C., Nerón asesinó a su madre y pudo ejercer el gobierno con entera responsabilidad.

Era Nerón, por temperamento, más artista que ejecutivo. Tenía más ansias por la carrera teatral que por brillar en la administración política. Su descuido y sus extravagancias vaciaron el tesoro público, y como Calígula, también recurrió a la opresión y a la violencia para volverlo a llenar. Por tal motivo incurrió en el odio del Senado, cuyos miembros temieron que en cualquier momento diera órdenes para asesinarlos y confiscar sus propiedades.

En el año 64 D.C. hubo en Roma un gran incendio que destruyó una parte apreciable de la ciudad. Se sospechó que Nerón intencionalmente lo había ordenado para agrandar su nueva Casa de Oro, un espléndido palacio que construyó en el monte Esquilino. Para desviar de sobre su cabeza tal acusación, señaló a los cristianos como causantes de tamaño desastre. La actitud de éstos tan alejada de los gentiles, y más aún, su enseñanza sobre la des-

trucción final del mundo por medio de fuego, dio aceptación al cargo. Muchos fueron procesados y torturados mortalmente. La tradición dice que Pedro y Pablo perecieron en esta persecución, la primera que hubo en el imperio.

Carecemos de datos para señalar el alcance territorial de la primera persecución. Puede ser que no haya salido del ámbito de Roma y de sus alrededores, aunque también las provincias pudieron haberse sentido amenazadas. (Compárese I Pedro 4: 12-18.)

Entretanto, los excesos de Nerón le hicieron enteramente impopular. Varias conspiraciones contra él fallaron y sus adversarios terminaron ejecutados. Pero al fin, una revuelta de las legiones en las provincias de Galia y España alcanzó éxito. Nerón huyó de Roma y ordenó a uno de sus libertos que lo matara para no ser apresado.

GALBA, 68 D.C.

El pronunciamiento de las legiones demostró que el imperio estaba realmente a merced del ejército, ya que éste, sin tomar en cuenta al Senado, podía designar y entronizar su candidato. Galba, el sucesor de Nerón, no fue electo unánimemente por las legiones. Cuando adoptó a Lucio Calpurnio Pisón como sucesor suyo, Otón, que había albergado esperanzas de ser emperador, persuadió a los guardias pretorianos a que asesinaran a Galba para que le dieran el imperio a él.

OTÓN, 69 D.C.

El gobierno de Otón duró poco. El Senado ayudó a su designación, pero Vitelio, legado de Germania, marchó con sus tropas sobre Roma. Otón fue asesinado en la batalla y Vitelio tomó su lugar.

VITELIO, 69 D.C.

El Senado reconoció a Vitelio, pero éste fue incapaz de controlar la soldadesca y de establecer un gobierno firme. El ejército

de oriente intervino en los sucesos públicos y proclamó emperador a su general Vespasiano. Éste estaba a la sazón sitiando a Jerusalén. Dejando en este encargo a su hijo Tito, se dirigió a Egipto. Tras subyugar esta provincia suspendió el envío de alimentos a Roma. Su lugarteniente, Muciano, salió para Italia. No obstante la valiente resistencia de las tropas de Vitelio, los partidarios de Vespasiano capturaron y saquearon Roma. Asesinaron a Vitelio, y proclamaron emperador a Vespasiano.

VESPASIANO, 69 AL 79 D.C.

Vespasiano era un auténtico y viejo soldado, frugal en sus hábitos y vigoroso en su administración. Suprimió las revueltas entre los Batavos y entre los Galos, mientras Tito completaba la rendición de Jerusalén. Jerusalén fue totalmente destruida y puesta bajo un legado militar. Vespasiano aseguró las fronteras concediendo a las principales dependencias los derechos de provincias. El tesoro adquirió solvencia por medio de una estricta economía y debido a la imposición de nuevos tributos. Construyó el hoy famoso Coliseo. Murió en el año 79 D.C., y le dejó el trono a Tito, a quien había hecho co-regente. Fue el primero de la dinastía Flavia en la que están incluidos sus dos hijos, Tito y Domiciano.

TITO, 79 AL 81 D.C.

La brevedad del reinado de Tito no le concedió el tiempo necesario para la realización de sobresalientes hechos. Sin embargo, llegó a ser uno de los más populares emperadores que tuvo Roma. La magnificencia de las diversiones públicas que patrocinó y su generosidad desarmaron el latente antagonismo del Senado, que temía que Tito fuera como su padre, un dictador. En su reinado, Pompeya y Herculano, villas situadas en la Bahía de Nápoles, desaparecieron como consecuencia de la catastrófica erupción del Vesubio. Tito nombró una comisión, la cual hizo supremos esfuerzos para el rescate del mayor número posible de las víctimas. Algunos meses más tarde Roma sufrió un devastador incendio que destruyó el nuevo Capitolio, el Panteón y los baños de Agripa. Tito

llegó al extremo de vender parte de su mobiliario privado para subsanar las necesidades populares. Erigió nuevos edificios, incluyendo un gran anfiteatro.

DOMICIANO, 81 AL 96 D.C.

Tito murió el año 81, D.C., sin dejar un hijo, y el Senado confirmó el poder imperial al hermano menor, Domiciano. Éste era un perfecto autócrata. Trató de levantar el nivel moral de la sociedad romana restringiendo la corrupción del teatro romano y refrenando la prostitución. Reconstruyó los templos de los antiguos dioses, y suprimió las religiones extranjeras, especialmente las que procuraban conversos. Se le atribuyó una persecución de los cristianos, aunque no hay evidencia de ninguna legislación o acción de tal alcance en contra de ellos durante su reinado. Demandó adoración para sí, exigiendo que lo saludaran como "Señor y Dios". Era economista y fue un buen administrador. Los negocios del imperio estuvieron bien dirigidos por sus subordinados.

Domiciano era duro por naturaleza y sospechaba de sus rivales. Como carecía de la genialidad de su hermano Tito, se creó numerosos enemigos. Cuando descubría los complots era implacable en su venganza. Los últimos años de su reinado fueron una pesadilla para el Senado, que vivía bajo el incesante terror a los espías y denunciadores. Ni la familia del emperador se sentía segura. Por último, en defensa propia, procuraron que fuera asesinado.

NERVA, 96 AL 98 D.C.

El Senado eligió a Nerva como sucesor de Domiciano. Nerva era de avanzada edad y suaves maneras. Quizás el Senado lo consideraba un candidato inofensivo. Su administración, en lo general, fue buena, y estuvo exenta de tensiones internas. El ejército estaba resentido a causa del asesinato de Domiciano, puesto que los Flavios habían conservado su popularidad entre los círculos militares. Nerva, sin embargo, fue bastante astuto para lograr como sucesor a Trajano, de reconocido dominio sobre los ejércitos, y con capacidad para gobernar con mano firme.

TRAJANO, 98 AL 117 D.C.

Nerva murió en el año 98, y Trajano lo sucedió. Era español de nacimiento, de profesión militar, enérgico y agresivo. Logró la anexión de Dacia, provincia al norte del Danubio, y comenzó a engrandecer las fronteras orientales con la conquista de Armenia, Asiria y Mesopotamia. En el 115 D.C. suprimió en el Cercano Oriente una revuelta de los judíos, pero nuevas insurrecciones en África, Bretaña y en las fronteras del Danubio ocasionaron su regreso a Roma. En Cilicia, camino a la capital, murió. Corría el año 117 D.C.

En este ambiente de expansión territorial del imperio creció el cristianismo. Lo que comenzó como una desconocida secta judía llegó a convertirse en una religión mundial. Jesús nació durante el reinado de Augusto (Luc. 2:1); su ministerio público y su muerte ocurrieron en el tiempo de Tiberio (3:1); el gran período de la expansión misionera tuvo lugar durante el reinado de Claudio (Hech. 18:2) y de Nerón (25:11 y 12). De acuerdo con la tradición, el Apocalipsis fue escrito durante el reinado de Domiciano,² y las alusiones que contiene al poder imperial y al gobierno tiránico pueden haber sido reflejo de las condiciones prevalecientes en aquella época.

No debe sorprendernos la relativa escasez informativa del Nuevo Testamento acerca de los hechos contemporáneos del mundo romano. El interés nacional de los Evangelios y de gran parte de Los Hechos, principales obras históricas, descansa en el judaísmo, más que en Roma. Además, el mensaje del Nuevo Testamento se dirigía a la vida espiritual de sus lectores más que a sus circunstancias externas. El interés de estos escritos se centraba en lo espiritual más bien que en lo político, y en lo eterno más bien que en lo temporal. Sin embargo, en numerosos puntos, el Nuevo Testamento tiene conexión con las circunstancias políticas del primer siglo, y la importancia histórica de tales circunstancias debe interpretarse teniendo a la vista esa relación.

2. Ireneo, *Contra los herejes*. V, XXX, 3.

El gobierno provincialista

A diferencia de una república en la que el gobierno federal preside sobre los estados que la integran y éstos están sujetos a una administración y organización uniformes, el Imperio Romano era una miscelánea de ciudades, estados y territorios independientes entre sí, pero sujetos todos a un gobierno central.

Algunos de ellos se habían convertido en parte del imperio por alianza voluntaria; otros habían sido anexados por conquista. A medida que Roma extendía su soberanía sobre estos aliados o tributarios, su maquinaria gubernamental se convertía progresivamente en un sistema provincialista.

La palabra latina *provincia* es la misma que hemos castellанизado y que originalmente significaba "reducir países por medio de la conquista" o "ejercer un puesto de gobierno en el país dominado". En el caso de un general triunfante, la palabra "provincia" implicaba tanto su autoridad como el ámbito en donde la ejercía; el país conquistado se convertía en su *provincia*. A medida que Roma conquistaba nuevos dominios, los organizaba en provincias que automáticamente formaban parte del sistema imperial.

Roma comenzó la adquisición de provincias con Sicilia, arrebatada a Cartago en la primera guerra púnica, entre los años 264-241 A.C. En seguida se anexó Sardinia (237 A.C.). Luego dos provincias de España (197 A.C.), Macedonia (146 A.C.), y África (146 A.C.). Asia no fue conquistada, sino obsequiada al pueblo romano por su rey, en el año 133 A.C., y quedó organizada en provincia en el año 129 A.C. Las Galias, transalpina y cisalpina, fueron anexadas allá por el año 118 A.C. La Cirene fue obsequiada a Roma en el año 96 A.C., y Bitinia, otro obsequio para Roma, le fue ofrecida en el año 75 A.C. En el año 67 A.C., Pompeyo anexó Cilicia y Creta y en el 63 D.C. tomó a Palestina y la hizo provincia de Siria. Con excepción de Italia, la mayor parte del mundo romano consistía de territorios bajo gobierno provincial.

Esta forma de gobierno era de dos clases. Las provincias que eran relativamente pacíficas y leales a Roma, estaban gobernadas por procónsules (Hech. 13:7) los cuales eran responsables ante el

Senado romano. Las provincias turbulentas estaban bajo la autoridad directa del emperador que a menudo estacionaba ejércitos en ellas y quedaban gobernadas por prefectos, procuradores o propretors nombrados por el emperador y responsables ante él directamente. A la primera clase pertenecían Acaya, de la cual era procónsul Galión en la época en que Pablo la visitó (Hech. 18:12). Palestina en el tiempo de Cristo estaba bajo la vigilancia del emperador, cuyo representante era el procurador Poncio Pilato (Mateo 27:11, en donde se traduce "presidente"). Los procónsules obtenían ese puesto por nombramiento anual, y generalmente cada año los relevaban. Los procuradores y los propretors retenían su oficio en un lugar durante tanto tiempo como al emperador le placiese.

Bajo la administración de estos oficiales, las provincias gozaban de considerable libertad. A las ciudades estados, particularmente, se les permitía conservar su soberanía local y hasta acuñar moneda. Los romanos nunca estorbaron la libertad religiosa de sus súbditos, de modo que en cada lugar seguían los cultos aborígenes como de costumbre. Los gobernantes romanos acostumbraban consultar a los concilios de cada región tocante a problemas de administración. Los funcionarios que en el desempeño de su representación despojaban a sus gobernados, podían ser procesados y suspendidos. Aunque es cierto que algunos de los procónsules y procuradores toleraban los viejos métodos del soborno, la mayoría, probablemente, dieron más a sus provincias en sabia administración que lo que obtuvieron en dinero. Construyeron calzadas, erigieron edificios públicos y fomentaron rápidamente el comercio.

Para unir más estrechamente a las provincias con la metrópoli, se procedió a colonizar con ciudadanos romanos los puntos estratégicos de cada una de ellas. La civilización romana se expandió rápidamente, y en forma tal que con el tiempo las provincias se hicieron más romanas que Roma. En el siglo II, cuando Roma aún utilizaba predominantemente la lengua griega, Galia, España y África, eran notablemente latinas.

El culto imperial alcanzó en las provincias su más amplia aceptación. La adoración al estado romano y al emperador reinante comenzaron con Augusto. Éste ordenó que los ciudadanos romanos

que residían en Efeso y en Nicea erigieran templos en honor de Julio César, y consintió en que los habitantes de aquellas provincias levantaran altares en honor del propio Augusto. Los concilios locales, responsables de la dirección del culto en la provincia, fomentaron el culto al estado.

Un buen ejemplo de lo que era un concilio provincial, lo tenemos en Hechos 19:31, en donde se hace mención de los "Asiarcas".* Éstos eran magistrados a quienes se consideraba responsables de la provincia, y los cuales, en caso necesario, podían ejercer el oficio de sumos sacerdotes del culto del estado. En el citado pasaje de Los Hechos aparecen como amigos de Pablo, ya que le advirtieron que no se expusiera a la violencia del populacho, en la que hubiera incurrido de haberse presentado en el teatro.

Las provincias romanas de que se hace mención en el Nuevo Testamento, son: España (Rom. 15:24), Galia (II Tim. 4:10. Algunas traducciones prefieren Galia a Galacia), Ilírico (Rom. 15:19), Macedonia (Hechos 16:9), Acaya (Rom. 15:26), Asia (Hechos 20:4), Ponto (I Pedro 1:1), Bitinia (Hech. 16:7), Galacia (Gál. 1:2), Capadocia (I Pedro 1:1), Cilicia (Gál. 1:21, Hech. 6:9), Siria (Gál. 1:21), Judea (Gál. 1:22), Chipre (Hech. 13:4), Pamfilia (Hechos 13:13) y Licia (Hech. 27:5). Algunas de éstas se mencionan más de una vez; y en el caso de Ilírico, su nombre posterior, Dalmacia, aparece en las Epístolas Pastorales (II Tim. 4:10). Pablo acostumbraba emplear los nombres provinciales para mencionar estos lugares del imperio, en tanto que Lucas usa además los nombres regionales de las mismas. A menudo las provincias incluían más de un grupo étnico; tal acontece con Licaonia, Listra y Derbe (Hechos 14:6 y 11), las cuales oficialmente, se incluían en la provincia de Galacia.

Los funcionarios públicos se disputaban el gobierno de las provincias, porque encontraban en él un venero riquísimo de ingresos. Algunos resultaban tan rapaces que las provincias empobrecían rápidamente debido a los pesados tributos. Otros, dotados de mayor espíritu público, empleaban los tributos para construir caminos y puertos, con lo que prosperaba el comercio, y el corriente nivel económico de vida se superaba. Roma consideraba que las

* En la revisión Reina-Valera 1960 se les llama "Autoridades de Asia" (N. del T.).

provincias eran su campo legítimo de explotación. Hasta los tiempos de Constantino fueron tributarias del gobierno central y nunca fueron tratadas como los estados que gozan de iguales privilegios dentro de una federación común.

Los reinos griegos

La atmósfera cultural del primer siglo no debió su origen únicamente a la organización política de Roma, sino también a la difusión del espíritu helénico que había penetrado tanto en el Occidente como en el Oriente. Las conquistas de Roma habían absorbido las colonias griegas establecidas a lo largo de las costas de Galia y España, en la isla de Sicilia, y en los principales lugares de la parte sur de la península itálica. La conquista de Acaya, que terminó con el saqueo de Corinto, en el año 146 A.C., había puesto en poder de los romanos inmensos tesoros de arte que deportaron para adornar sus propias ciudades. Esclavos griegos, muchos de los cuales eran más cultos que sus amos, se convirtieron en posesión de la familia romana. A menudo se les empleaba no tan sólo en los más humildes trabajos manuales, sino también como maestros, médicos, contadores y sobrestantes de haciendas o de negocios diversos. Además, a las universidades griegas de Atenas, Rodas, Tarso y otras ciudades, concurrían jóvenes de la aristocracia romana que aprendían a hablar el griego, de manera muy semejante a la que los ingleses del siglo XIX aprendieron el francés como idioma de la diplomacia y la cultura. En lo cultural, pues, los vencidos griegos vencieron tan completamente a sus conquistadores que Roma misma se convirtió en ciudad de habla griega. Uno de los más famosos satíricos de aquella época, Juvenal, se quejaba diciendo: "Conciudadanos romanos, no puedo soportar una ciudad completamente griega".³

LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO

En la mitad oriental del mundo romano, escenario de la mayor parte de la acción del Nuevo Testamento, la expansión de la

3. Juvenal, *Sátira* III, 60 y 61.

civilización griega comenzó con los comerciantes que llevaban las mercancías del Peloponeso muy lejos y a todas partes. Ya en el año 600 A.C. se conocían en Babilonia instrumentos músicos griegos y armas griegas. Mercenarios griegos lucharon en los ejércitos de Ciro, tal como la muy conocida *Anábasis* de Jenofonte, "La retirada de los Diez mil", lo atestigua. La helenización del oriente se apresuró en gran manera debido a las campañas de Alejandro el Grande. Filipo, su padre, rey de Macedonia, había transformado a los macedonios en un reino militar unificado. Con los vigorosos campesinos y pastores de aquella región montañosa organizó un ejército de extraordinaria movilidad y resistencia. Filipo logró en veinte años someter a las ciudades independientes griegas, que pasaron a ser tributarias de Macedonia. Cuando murió, allá por el año 337 A.C., había consumado una alianza con los griegos, por medio de la cual esperaba emprender la conquista del Asia. Alejandro poseía la agresividad de su padre y una gran habilidad militar escondidos bajo una más gruesa capa de cultura griega. Había crecido en contacto con la *Iliada*, bajo la tutela de Aristóteles, de modo que conservaba profunda admiración por las tradiciones y los ideales helénicos. En el 334 A.C. cruzó el Helesponto, se internó en Asia Menor y derrotó los ejércitos persas en la batalla del río Gránico. Liberó las ciudades griegas de la costa y luego penetró tierra adentro. Volvió a derrotar a los persas en la batalla de Iso, obteniendo con ello completo dominio sobre el Asia Menor. Se dirigió entonces hacia el sur por la costa siria, y llegó a Egipto, donde fundó la ciudad de Alejandría.

Tras dominar a Siria y a Egipto, se movilizó al Oriente y en Arbela infligió una derrota irreparable al ejército persa. En rápida sucesión ocupó Babilonia y las capitales de Persia, Susán y Persépolis.

Los tres siguientes años los utilizó en consolidar su nuevo imperio. Alejandro animó a sus soldados para que se casaran con mujeres de Oriente. Dio principio a la educación de treinta mil persas en lengua griega. Por medio de campañas posteriores en la India extendió los linderos de sus dominios hasta el río Indo. Fundó numerosas colonias y exploró regiones que hasta entonces eran desconocidas para los europeos.

De regreso en Babilonia, Alejandro comenzó los preparativos para la invasión de Arabia, empresa que no estaba destinada a consumar. Si su éxito en helenizar el Oriente había sido parcial, también el Oriente parcialmente le había orientalizado. Poco a poco fue adoptando la actitud de los déspotas del Oriente y se hizo sobremanera arbitrario y desconfiado. La lujuria y los festines de Babilonia debilitaron su constitución, contrajo fiebres, y murió en el año 324 A.C., a la edad de treinta y dos años.

El imperio de Alejandro apenas le sobrevivió. No dejó herederos capaces de manejarlo y finalmente se lo repartieron sus generales. Ptolomeo tomó Egipto y la parte sur de Siria; Antígono reclamó la mayor parte del norte de Siria y la parte occidental de Babilonia; Lisímaco retuvo la Tracia y la parte occidental del Asia Menor y Casandro gobernó Macedonia y Grecia. El territorio de Antígono fue tomado por Seleuco I después de la batalla de Ipsos en el año 301 A.C., y el reino de Lisímaco también fue absorbido por el reino seléucida.

La incesante hostilidad entre los seléucidas de Siria, y los ptolomeos de Egipto conservó a Palestina como si dijéramos, entre el yunque y el martillo. La costa plana de Sarón fue el corredor a lo largo del cual los ejércitos de esas dos potencias marchaban a la guerra. La cambiante fortuna de las batallas ponía a Palestina a veces bajo el dominio de la una y a veces bajo el dominio de la otra.

LOS SELÉUCIDAS EN SIRIA

El dominio seléucida en Asia Menor disminuyó gradualmente, a medida que los pueblos ganaban su libertad y fundaban sus propios reinos. En Siria, sin embargo, el reinado seléucida se sostuvo y ejerció poderosa influencia en los asuntos políticos de Palestina. Entre los años 201-200 A.C., Antíoco III de Siria, llamado el Grande, derrotó al ejército egipcio comandado por el general Escopas en la batalla de Panias, cerca de las fuentes del Jordán en la Palestina norte. En dos años, Antíoco III sujetó a toda Palestina y se convirtió en el nuevo amo de los judíos. Al intentar helenizarlos provocó la revuelta de los Macabeos, que tuvo por resultado

un resurgimiento de la comunidad judía. El dominio seléucida terminó en Palestina cuando Pompeyo convirtió a Siria en provincia romana, en el año 63 D.C.

La influencia del dominio seléucida fue tremenda. Antioquía, su capital, se convirtió en la tercera ciudad más grande del imperio romano y en el punto de unión entre Oriente y Occidente. La lengua y la literatura griegas se diseminaron extensamente por todo el Cercano Oriente y proporcionaron un fondo común de cultura a los pueblos de Oriente y a los de Occidente. Numerosas ciudades de Palestina, especialmente en Galilea, eran bilingües y su religión tenía a la vez el gusto de las deidades de Oriente y el de las de Occidente.

LOS PTOLOMEOS DE EGIPTO

El curso del reino de los ptolomeos en Egipto fue muy semejante al de los seléucidas. La rivalidad entre ambas potencias fue reconcentrada, y causó numerosas guerras con resultados varios. Con la muerte de Cleopatra, en el año 30 A.C., pereció el último de los ptolomeos, y Roma se anexó a Egipto para servirse de él como de granero. La ciudad de Alejandría se convirtió en notable emporio comercial y centro educativo. Bajo el patronato de los ptolomeos se fundó una inmensa biblioteca en la cual se preservaron las principales joyas literarias de la antigüedad. Sus bibliotecarios fueron conspicuos eruditos e iniciaron el estudio de la gramática griega y la crítica textual.

La influencia judía en Alejandría fue vigorosa desde la fundación de la ciudad. El mismo Alejandro concedió terrenos a los colonos judíos y los admitió con plena ciudadanía. Bajo Ptolomeo Filadelfo (285-246 A.C.) fueron traducidas al griego las Escrituras judías. Esta versión, la Septuaginta, se convirtió en la Biblia popular de los judíos de la dispersión. Fue la Septuaginta la que por lo general usaron los escritores del Nuevo Testamento al citar el Antiguo Testamento. La calidad del griego varía de libro a libro. En partes es pulida y en partes repugnantemente literal. No obstante, constituye una valiosa ayuda para los contemporáneos estu-

diantes de la Biblia porque deja ver el sentido en que los traductores interpretaron las Escrituras hebreas, y algunas veces revela que hubo un texto hebreo notablemente diferente del que existe en la actualidad.

Las incesantes luchas entre seléucidas y ptolomeos fueron dando origen a diferentes impuestos sobre la tierra. Eran tan fuertes los gastos del tesoro público que los campesinos, sobre quienes recaía la parte más pesada, quedaron reducidos a la miseria. Las guerras púnicas que Roma emprendió destruyeron los mercados occidentales de Egipto y consecuentemente languideció el comercio. La inquietud popular culminó en rebelión contra el gobierno o en el abandono de la propiedad, ya que a causa de las excesivas cargas fiscales ningún provecho se obtenía del suelo. La prosperidad de ambos reinos declinó al correr del primer siglo antes de Cristo. Quizás esto explique la facilidad con que Roma los venció.

LOS EFECTOS CULTURALES

No fueron duraderos los efectos políticos de la conquista helénica del Oriente. Los seléucidas y los ptolomeos eran vistos como dinastías extranjeras, desligadas del pueblo. Aunque las clases privilegiadas las sostenían, nunca adquirieron verdadero carácter griego. Por el contrario, sus reyes se hicieron absolutos al estilo de los monarcas orientales, y demandaron de sus súbditos obediencia servil. La libre camaradería, característica de la democracia griega, o aquella más severa organización de la corte macedónica se vieron eclipsadas por el despotismo arbitrario de aquellos reyes que demandaban honores. Jesús aludía a los seléucidas y a los ptolomeos cuando dijo que los reyes de los gentiles se llamaban "benefactores" (Lc. 22:25), porque la palabra griega *eurgetes* (benefactor) era uno de los títulos que tomaban. Las multitudes sobre las cuales gobernaban les pagaban tributo y se postraban delante de ellos, pero es claro que lo mismo hubieran hecho delante de cualquier otro amo.

Culturalmente, los seléucidas y ptolomeos introdujeron en Oriente costumbres y gustos griegos. La arquitectura griega predo-

minó en los centros urbanos donde residían aquellos reyes. El griego era el idioma de la corte y también del pueblo, según los papiros lo demuestran. Las cartas amorosas, los pagarés, los recibos, los amuletos, los ensayos, los poemas, las biografías y las cartas comerciales, se escribían en griego. En Egipto se designaba en griego el título de los gobernantes, aun en el tiempo de la dominación romana. Cada gobernante se esforzaba en fundir la cultura griega con la vida del pueblo. Los dioses locales recibieron nombres griegos, y en las principales ciudades se edificaron gimnasios y anfiteatros. Se tendía sobre el Cercano Oriente el manto de la civilización occidental.

La cultura griega sirvió de medio para la diseminación del Evangelio de Cristo en los primeros esfuerzos misioneros. Con la Biblia en griego y con el idioma griego como medio universal de expresión pronto llegó el Evangelio hasta las más lejanas avanzadas de la civilización.

El Estado judío

EL EXILIO, 597-322 A.C.

Cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, invadió a Judea y capturó a Jerusalén, en el año 597 A.C., llegó a su fin la independencia de la nación judía. El rey Joaquín fue llevado prisionero a Babilonia juntamente con su corte. Las clases dirigentes del pueblo, incluyendo los expertos artesanos, también fueron deportados. El trono pasó a ocuparlo el tío de Joaquín, Matatías, a quien los Babilonios llamaron Sedequías. Babilonia tenía ya en el trono a un títere (II de los Reyes 24:10-17).

Desde el 597 hasta el 586 A.C., Judea disfrutó de una existencia crepuscular como reino tributario. Sedequías quedó obligado por juramento a servir al rey de Babilonia, pero era muy poderosa la tentación de intrigar inclinándose a Egipto, y especialmente cuando se jugaba la causa de la independencia. Al respecto, la opinión estaba dividida hasta en los círculos proféticos. Hananías, hijo de Azur, declaró insistentemente que Dios quebraría el yugo

de Babilonia y que a los dos años de esta predicación serían devueltos a Jerusalén los utensilios de oro que Nabucodonosor había sacado del templo (Jer. 28:1-4). Jeremías acusó de mentiroso a Hananías, y predijo que la presión de Babilonia no desaparecería. El partido radical esperaba que Egipto los socorrería; el conservador, representado por Jeremías, no acariciaba tales ilusiones (Jer. 28:12-17).

En el año 590 A.C., Sedequías pensó que su oportunidad de rebelarse había llegado. Psamético II, de Egipto, embestía aceleradamente hacia el norte, por la costa de Palestina, lesionando los dominios de Babilonia. Sedequías creyó haber encontrado a un jefe y unió su suerte con la de Egipto.

Nabucodonosor no desdeñó el reto. Marchó a la defensa de Tiro y en el año 588 A.C. puso sitio a Jerusalén. Ante el avance del ejército egipcio, suspendió temporalmente el sitio, pero los egipcios pronto se batieron en retirada, y los ejércitos de Babilonia renovaron el asedio. En el año 586 A.C. cayeron los muros, y los babilonios capturaron a Jerusalén. Sedequías cayó prisionero cuando intentaba escapar; le sacaron los ojos, y cargado de cadenas lo llevaron a Babilonia. Los vasos sagrados del templo fueron el botín; el templo, el palacio real y las mansiones de los nobles fueron pasto de las llamas. Arrasaron los muros de la ciudad y transportaron la población a Babilonia (Jer. 39:4-10).

Para conservar un remedo de organización, Nabuzaradán, el general encargado de la campaña, puso a Gedalías como gobernador. Los partidos contrarios, a pesar de todo, sobrevivieron. Baalis, rey de los amonitas, inspiró la rebelión en la que Gedalías fue asesinado. La guerra civil se encendió en seguida y el partido de los insurgentes fue deshecho. Los que sobrevivieron escaparon a Egipto llevándose al profeta Jeremías a involuntario destierro (Jer. Cpts. 41-43).

El fin de la nación judía no significó la muerte del judaísmo; al contrario, el "judaísmo ortodoxo" surgió de estos acontecimientos. Muchos de los cautivos llevaron consigo la Ley de los Profetas, a los cuales apreciaban como sus Escrituras. Aunque los sacrificios del templo habían cesado, la adoración a Dios continuó. Algunos de los judíos más piadosos y mejor educados llegaron cauti-

vos a Babilonia y al establecerse en aquella tierra surgió una comunidad que tomó el lugar de Jerusalén en la dirección religiosa.

El desarrollo de esta comunidad religiosa, en no pequeña parte, se debió a Ezequiel. Ezequiel, que había estado entre los transportados en el primer destierro que hubo al caer Joaquín, combinaba en su carácter las cualidades de un visionario y un puritano. Las imágenes de sus predicaciones eran toscas y extravagantes, pero su moral era rigurosa y sus metas espirituales muy elevadas. Predijo la restauración del pueblo a su propia tierra y previó un avivamiento que los purificaría de todas las abominaciones en que habían caído durante los años del cautiverio (Ez. 36:22-31).

Los setenta años de la cautividad babilónica presenciaron el nacimiento de la sinagoga como lugar de adoración entre los judíos: un grupo de fieles se congregaba en el nombre de Jehová y formaban congregaciones en las que enseñaban y obedecían la Ley; luego escogían maestros que tomaban el lugar de los sacerdotes del templo y servían de dirigentes religiosos del pueblo. El estudio de la Ley sustituyó los sacrificios de animales y la obediencia moral reemplazó al ritual.

La caída de Babilonia ocurrió en el año 538 A.C. Ciro, rey de Persia, la tomó mediante la desviación estratégica de las aguas del Éufrates de su cauce normal, de modo que dejaron de correr por el centro de la ciudad como de costumbre. Los ejércitos de Ciro entraron por debajo de las puertas de la ciudad, utilizando el lecho seco del río y tomaron la ciudad casi sin librar batalla. El dominio del Oriente Medio pasó a los reyes medopersas.

Ciro demostró ser un déspota moderado. Desde el principio trató con consideración a los pueblos conquistados. En el año primero de su reinado promulgó un decreto por el cual se permitía que los judíos volvieran a su tierra y que los despojos del templo se les devolviesen. El tesoro del rey iba a costear la reconstrucción del templo (Esdras 6:1-5).

No todos los judíos de Babilonia aprovecharon el decreto de Ciro para volver a Palestina. La mayoría prefirieron quedarse atendiendo sus negocios y sus hogares. Unos cuarenta y dos mil, pertenecientes en gran parte a las tribus de Judá, Benjamín y Leví salieron para Jerusalén. Bajo la jefatura de Sesbasar príncipe de

sangre real a quien Ciro nombró gobernador, llegaron a la ciudad allá por el año 537 A.C. (1:3, 5-11). Comenzaron a reconstruir el templo (3:1-13), pero no lograron la reconstrucción completa en aquel primer impulso. Se opusieron al proyecto los habitantes que habían quedado en la tierra (4:1-5). Durante diecisiete años nada se adelantó aunque los que volvieron de la cautividad prosperaron y edificaron sus hogares (Hag. 1:4). Bajo la apasionada predicación de los profetas Hageo y Zacarías se recomenzó el trabajo en el año 520 A.C. (Esd. 5:1 y 2). Los gobernantes de la provincia, al parecer, ignorantes del decreto original de Ciro, ordenaron a los judíos que lo suspendieran. Éstos apelaron a Darío, quien investigó en los archivos y ratificó mediante especial decreto los privilegios que Ciro había concedido. El trabajo desde entonces prosiguió rápidamente y la reconstrucción se completó en el año 516 A.C. (6:1-15). Comenzó de nuevo el culto en la Pascua, y quedó reorganizado el servicio sacerdotal.

Hay otro período de casi sesenta años, entre el 516 A.C. y el 458 A.C., en que la historia guarda silencio con respecto al estado de los judíos en Palestina. En el 458 A.C., "el séptimo año del rey Artajerjes" (7:7), salió de Babilonia otro grupo de emigrantes bajo la jefatura de Esdras el escriba, descendiente del Hilcías que fungió como sumo sacerdote en el reinado de Josías. Lo acompañaron buen número de sacerdotes y cantores. Llevaban una carta de Artajerjes en la que se les autorizaba a reanudar los servicios del templo, y se ordenaba a los magistrados bajo pena de muerte que prestaran ayuda económica para el culto.

Los recién llegados colonos fueron absorbidos por la población y aparentemente no lograron modificar las condiciones generales. "En el año veinte del rey Artajerjes" (Neh. 2:1; 446 A.C.) un mensajero de Jerusalén llegó hasta Nehemías, el copero judío del rey persa, y le informó que los muros de Jerusalén estaban derribados y sus puertas quemadas. Muy probablemente esta devastación de la ciudad tuvo lugar en época muy cercana a Nehemías, puesto que no habría tenido sentido hacer un viaje tan largo para informarle de los estragos que causó el sitio de la ciudad ciento cincuenta años atrás. Por los datos sobresalientes que el libro de Nehemías nos proporciona llegamos a la conclusión de que

el avivamiento de las actividades políticas judías provocó la hostilidad de los otros habitantes de Palestina, especialmente de los samaritanos. Quizá las calamidades que mencionó Hanani fueron resultado de la incursión de alguna guerrilla sobre Jerusalén en momentos en que los judíos no se habían organizado lo suficiente para resistir.

La demanda de Hanani produjo resultados inmediatos. Nehemías logró que su real amo le concediera permiso para ausentarse, y que le diera además una requisitoria para Asaf, guarda de la floresta real, a fin de que proporcionara la madera necesaria para la reconstrucción de las puertas. Rápidamente procedió Nehemías a trasladarse a Jerusalén. En la tercera noche después de su llegada inspeccionó las fortificaciones de la ciudad y determinó que debían ser inmediatamente reconstruidas. Dividió el muro por secciones y las asignó a diferentes personajes, con lo que logró que el trabajo se hiciera en forma rápida. Samballat, el gobernador de Samaria, expresó tan honda enemistad y amenazó con tal violencia que la construcción tuvo que continuarse bajo la guardia de armas. La enérgica administración de Nehemías dio por resultado que la reparación se completara en menos de dos meses (Neh. 6:15 y 16) y las murallas de la ciudad quedaron otra vez como nuevas.

Nehemías promovió además reformas económicas y sociales. Durante el tiempo de extrema necesidad el pueblo había empeñado sus tierras y bienes muebles por dinero, para comprar alimentos. Los ruinosos intereses exigidos por los prestamistas hacían imposible el rescate. Nehemías abolió los intereses sobre préstamos entre hermanos, y demandó la restitución de la propiedad. Puso los registros públicos al día (7:5) para que los descendientes de los que habían regresado de la cautividad pudieran identificarse.

El conocimiento de la Ley se renovó bajo Esdras el escriba, el cual la leía y la interpretaba. Parece que leía en hebreo y que sus ayudantes traducían al aramaico (8:2, 7, 8). La ley, sin duda, había sido olvidada en los difíciles años de lucha y de reconstrucción, pues su lectura produjo un profundo efecto sobre los judíos: "Todo el pueblo lloraba mientras oían las palabras de la Ley" (8:9). Celebraron la fiesta de los Tabernáculos (3:13-18) y entraron en vigencia las reformas morales.

Nehemías aplicó estrictamente los principios de la Ley. Se renovó la adoración en el templo y se pidieron contribuciones para su sostén. Se prohibieron los matrimonios mixtos con habitantes paganos (10:30); se proscribió la profanación del sábado (10:31), y se estableció el pago regular de los diezmos (12:44). Al cerrarse la administración de Nehemías, doce años después, los elementos fundamentales de la ortodoxia judía habían quedado bien establecidos entre el residuo de Jerusalén.

Durante el régimen de Nehemías tuvieron que expulsar del país a Manasés, nieto del sumo sacerdote, por haberse casado con una hija de Samballat el gobernador. Josefo dice que huyó a Samaria donde construyó un templo sobre el monte Gerizim. Establecía así un culto rival que se convirtió en centro de adoración para los samaritanos.

Las reformas de Nehemías tuvieron un efecto permanente durante el resto del período persa hasta el tiempo de los Macabeos. Un firme grupo permaneció tenazmente adherido a la Ley de Dios, a pesar de las fuertes influencias del paganismo a las que muchos del pueblo y hasta de los sacerdotes sucumbieron.

La historia judía desde el tiempo de Nehemías hasta el segundo siglo antes de Cristo casi se encuentra en blanco. El sacerdocio persistió como la fuerza política del país. Josefo dice que Alejandro el Grande se abrió paso por medio de Palestina camino a Egipto después de la conquista de Tiro, y que fue bien recibido por Jaddua, el sumo sacerdote, y que rindió adoración al Dios verdadero.⁴ La mayor parte de los historiadores modernos rechazan esa historia como mera ficción.⁵ Aunque fuera ficción o leyenda estas centurias comparativamente silenciosas. La casa real de David había desaparecido, y las referencias que de ella tenemos en el Nuevo Testamento indican que estaba representada por artesanos del vulgo como José de Nazaret.

Dos aspectos de la vida judía desaparecieron durante los períodos persa y griego: la monarquía y el oficio profético. Todos los

4. Josefo, Flavio, *Antigüedades XI*, vii, 4, 5.

5. Véase R.H. Pfeiffer, *History of the New Testament Times* (Nueva York: Harper and Brothers, Publishers, 1949), p. 9.

intentos de independencia encontraron su centro en el sacerdocio. La profecía, después de Malaquías, desapareció completamente. Entre los de la Dispersión, durante esta época, no hay traza de mensajes proféticos de carácter reformador ni predictivo.

El sacerdocio retuvo algo de su antiguo poderío y se convirtió en influencia política más de lo que había sido en el tiempo de la monarquía. Aparecieron uno o dos nuevos aspectos religiosos de especial importancia: El primero fue el estudio intensivo de la Ley que se originó durante el exilio y que produjo una nueva clase de dirigentes, los escribas.

La vasta dispersión del pueblo en congregaciones, originó la demanda de ejemplares de la Ley, necesarias para que cada congregación tuviera el suyo propio. Los copistas profesionales tenían que estudiar el texto para transcribirlo correctamente y en consecuencia se convirtieron en expertos bíblicos. Cuando Herodes quiso saber acerca de las profecías del Mesías, reunió a los principales sacerdotes y escribas del pueblo (Mat. 2:4). Los escribas se consideraban en plano de igualdad con los sacerdotes en el conocimiento de asuntos religiosos.

El segundo aspecto, religioso de importancia comenzó, quizás, en el tiempo de Esdras y se conoce como el nacimiento de "La Gran Sinagoga", concilio de 120 miembros formado con el propósito de administrar la Ley. La Gran Sinagoga fue la organización predecesora del Sanhedrín del tiempo de Nuestro Señor. Simón el justo, quien probablemente debe identificarse con el sumo sacerdote conocido como Simón I, y que vivió al principio del tercer siglo A.C., se considera como el último miembro superviviente de aquel concilio. Puesto que todas las referencias a dicha Gran Sinagoga nos vienen de la literatura talmúdica posterior, la cual es notoriamente inexacta en información histórica, la existencia de aquella organización ha sido puesta en duda con mucha razón. En aquella época con toda seguridad existió alguna forma de gobierno por medio de ancianos, pero no parece factible que en ese período se estableciera formalmente tan notable tribunal.⁶

6. Véase H.B. Strack, "Synagogue, the Great," *The New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge*, XI, 217.